

Dos obituarios

VICENTE FRANCISCO TORRES | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA,
AZCAPOTZALCO

Resumen

En estos tiempos de coronavirus, la muerte no respeta a los escritores. Luis Sepúlveda fue una de las víctimas. La entrevista que entrego quiere ser una suerte de homenaje, o despedida. También proporciona información de la que sólo circula en los centros de estudios literarios.

George Steiner, sabio magnífico, se fue sobre las dulces aguas de la edad. De él ofrezco el recuerdo de algunos de sus libros.

Abstract

In these times of coronavirus, death does not respect writers. Luis Sepúlveda was one of the victims. The interview that I give wants to be a kind of tribute, or farewell. It also provides information that only circulates in literary study centers.

George Steiner, magnificent sage, went on the sweet waters of age. Of him I offer the memory of some of his books.

Palabras clave: telurismo, amazonia, ecologismo, crítica literaria, canon literario.

Key words: tellurism, Amazon, environmentalism, literary criticism, literary canon.

Para citar este artículo: Torres, Vicente Francisco. "Dos obituarios". *Tema y Variaciones de Literatura*. Núm. 54, semestre I, enero-junio de 2020, UAM-Azcapotzalco, pp. 281-292.

La literatura como agitación social

En diciembre de 1994, en la librería Gandhi de Miguel Ángel de Quevedo, de la Ciudad de México, hice fila con varios reporteros que esperábamos entrevistar a Luis Sepúlveda. Él había venido a México para presentar *Nombre de torero* (1994). Lo precedía su fama de bragado (había sido guerrillero y escolta de Salvador Allende). Un hombre de izquierdas, ciertamente, pero que, a juzgar por el libro que vino a presentar y por *Un viejo que leía novelas de amor* (1989), estaba inscrito en la gran narrativa de la tierra, la de Ciro Alegría y José Eustasio Rivera. Por aquellos años yo estaba deslumbrado con la excepcional obra de Francisco Coloane y esa fue otra de las razones que me llevaron a buscarlo. Era un conocido militante de *Green Peace* pero no un escritor famoso, como llegó a serlo en la segunda mitad de la década de los noventa. En abril de este 2020, en Gijón, el novelista fortachón que se fajaba en Alemania en las manifestaciones contra los neonazis, fue derrotado por el minúsculo coronavirus después de casi dos meses de agonía. He aquí las palabras del gran escritor chileno (1949-2020).

—¿Quién es el escritor Luis Sepúlveda, anterior a *Un viejo que leía novelas de amor*?

Es un poeta que publicó un par de libros de poemas y el autor de ocho libros de cuentos publicados en España y otros países, como Argentina, Chile, Ecuador, Venezuela, Cuba... Los libros andaban por ahí; se vendieran o no se vendieran, no lo sé, porque nunca me interesó seguirles la huella. Era más interesante la actividad política en la cual siempre estuve metido. Nunca me tomé en serio eso de que la literatura iba a ser un día la fuente de subsistencia. Es hasta la publicación de mi primera novela, *Un viejo que leía novelas de amor*, cuando se da ese paso, cuando un libro mío empieza a ser aceptado y me transformo en un escritor que tiene una gran cantidad de lectores.

—¿Tu militancia política fue a fondo?

Sí, sí. Militante de la izquierda latinoamericana. Puedo decir con mucho orgullo que me entregué plenamente. Fui guerrillero en Bolivia y en Nicaragua. Pasé por la cárcel de la dictadura chilena, luego conocí el exilio y nunca he dejado de militar. Casi abandoné la escritura entre 1970 y 1980; estaba plenamente dedicado a la militancia. Escribía muy circunstancialmente porque no era posible evitarlo. Y retomé la literatura más o menos en 1985.

Nombre de torero ¿sería la más politizada de tus novelas?

Sí, aunque *Un viejo que leía novelas de amor* y *Mundo del fin del mundo* tienen una propuesta enormemente política. *Nombre de torero* es un arreglo de cuentas con la historia del guerrillerismo, de esa historia que intenta ser opacada, que intenta ser silenciada desde los dos bandos: desde la izquierda y la derecha, que le han impuesto la ley del silencio; hay una especie de amnesia por decreto. Si hablar de estas cosas resulta tremendamente molesto, yo estoy por no olvidar, sino por recordarlo todo. Es una novela militante escrita desde el punto de vista de un hombre de izquierda. Así lo enfatizo con mi personaje central que es el exguerrillero que ve su propia historia de una manera bastante crítica, porque creo que es necesario ver nuestra propia historia de una manera más crítica.

¿Te parece que los escritores guerrilleros, como el venezolano Eduardo Liendo, ya han dado una novela memorable sobre esos hechos?

Sí, te puedo citar una de las mejores novelas que se han escrito sobre el tema: *Vladimir Illich y los uniformados*, del argentino Rolo Diez; Osvaldo Soriano y Juan Sasturain también han tocado el tema.

No sé si conoces *Guerra en el paraíso*, del mexicano Carlos Montemayor que, en mi opinión, es la mejor novela sobre el tema en nuestro país; y la escribió un hombre de letras.

Sí, es sobre el movimiento de Lucio Cabañas. Aunque hay diferentes maneras de militar, Montemayor milita a su manera. Me gustó muchísimo. Me la recomendó un amigo de Puebla que tenía una librería y una pequeña editorial. Me la llevó a España para que la conociera; es una novela formidable.

¿Qué ha determinado tu condición de viajero?

En primer lugar, el hecho de haber crecido en una ciudad enfermante, que se llama Santiago de Chile; es como si estuvieras en una ciudad fortificada. Por el este tienes la cordillera de los Andes; por el oeste el pacífico. Sabes que al norte se extiende el desierto de Atacama, que te impide viajar para conocer a los bolivianos y a los peruanos. Sabes que por el sur están los territorios deshabitados de la Patagonia, de la Tierra del Fuego y de la Antártida. Tenía la obsesión por salir de ese gran agujero, de conocer otros confines. Empecé a viajar muy joven, y luego, en el 66, en el 68, en el 72, en la época de la gran militancia. Es la época de la organización de solidaridad con Asia, África y América Latina. Esta época de la gran hermandad de la izquierda latinoamericana que hacía que estuviéramos un día en Bogotá,

otro día en Buenos Aires, luego en Montevideo y después en Santiago. Más tarde viene el exilio, una ocasión forzada de viajar. Vine a hacerme periodista, fui corresponsal en África y en Centroamérica. Este nomadismo es una forma de vivir. No es tan extraordinario, y lo sigo practicando.

En *Un viejo que leía novelas de amor* y *Mundo del fin del mundo* (1989) hay una preocupación ecológica muy acendrada...

Sí. Conocí la inquietud ecológica de boca de muchos campesinos de América Latina, pero nunca había llegado a profundizar, llamémosle intelectualmente, el problema. La oportunidad me la dio Europa. Allá tuve oportunidad de entablar contacto con una organización que se llama *Greenpeace*. Charlé mucho con ellos y me di cuenta de que lo que esa organización buscaba era eminentemente político: querían recuperar una de las formas de dignidad más olvidadas que es la dignidad ecológica; que los pueblos decidan libre y democráticamente qué quieren hacer con su entorno. Y esto en la vida práctica significa qué hacer con las materias primas; cómo utilizar los recursos naturales sin hipotecar el futuro. Valerse de la naturaleza, pero sin lesionar la armonía que debe existir entre el hombre y su entorno natural.

Me hice militante de *Greenpeace* y he navegado más de cinco años en todos los barcos de la flota; participé en acciones en diferentes partes del mundo. *Mundo del fin del mundo* nació de la idea de escribir una historia con héroes de hoy, con personajes vivos, de carne y hueso, que son los militantes de la organización. Es una historia basada en hechos rigurosamente reales. Que los lectores vieran y dijeran: esto que pasa en el libro está sucediendo hoy ¿qué puedo hacer yo? Porque mi literatura la concibo como una literatura de agitación. Son novelas políticas. Siempre fui un agitador y voy a seguir siendo un agitador. No tengo la menor inhibición al respecto: mi literatura es una forma de agitación social. Ahora tengo una gran ventaja porque si antes me paraba en una tarima y me escuchaban diez personas, ahora tengo dos millones de lectores.

¿Podría hablarse de una vuelta a la novela de la tierra, de un renovado telurismo tan caro para escritores como Francisco Coloane?

Lo que hay es un regreso a la novela de aventuras que tiene, como uno de sus componentes, tocar algunos de los aspectos que tuvo esa gran novela telúrica, que afortunadamente fue superada. Si piensas en un país como el Ecuador y lees a autores como Abdón Ubidia y Ramón Pérez, te das cuenta de que es bueno que la literatura haya evolucionado, porque hubiera sido horrible quedarse en *Huasipungo* (1934), de Jorge Icaza. Cuando ves el

panorama de la nueva literatura colombiana, observas que toman los elementos de la literatura colombiana que son eminentemente telúricos, pero van más allá, porque lo telúrico es solamente el escenario para contar la historia. Tú citas a Coloane, que es un coloso, pero es un coloso de la literatura de aventuras. Fijate que en Europa era absolutamente desconocido; lo moví en Francia, donde se publicó *Tierra del fuego* (1956). Lo prologué; en una semana se transformó en un éxito de ventas que se mantuvo en el primer lugar durante muchas semanas. Esto se trasladó a Alemania y allá estoy dirigiendo la publicación de sus obras completas, que tienen un éxito tremendo. Cuando el viejo Coloane aparece publicado en 1941 ¿qué escribían los chilenos? Intentaban escribir una tragedia eslava con temas chilenos; intentaban escribir una novela a lo Balzac, pero con temas chilenos. No había nada original, y ese viejo irrumpió con un lenguaje que era el reflejo de la vida misma; entró con rudeza sentándose en el estilo de su tiempo, sentándose en la moda literaria, en la dependencia literaria.

¿Él fue contemporáneo de Manuel Rojas?

Sí.

Otro de los grandes escritores de mar, que no abundan entre nosotros...

Hay un gran autor del mar que es Álvaro Mutis.

¿Cómo haces la descripción tan minuciosa de tus escenarios, de las costumbres y de los tecnicismos de los navegantes? ¿Llevas una libreta de apuntes?

La mayoría de las cosas las he aprendido sobre la marcha, además soy muy hemingwayano. Sigo tres recetas tuyas: escribe solamente de lo que conoces; no te detengas si no sabes cómo vas a continuar la historia y; ni un trago antes ni durante el trabajo, porque es fatal. Trabajo de manera muy anárquica. No llevo apuntes. Lo que intento hacer es una ficha descriptiva de los personajes; me gusta verlos, saber cuánto pesan, de qué color tienen los ojos, cómo caminan, qué *tics* tienen, qué rasgos tienen. En cuanto los veo, empiezo a escribir.

Más que el amor, como sugieren los títulos de tus novelas, creo que tu gran tema es la amistad...

Sí. Soy un tipo que hace de la amistad un rito. He tenido la fortuna de que la vida me haya dado grandes amigos, y los cuido mucho. El valor supremo que existe en esta vida es la amistad.

¿Piensas que los escritores que tienen tu edad harán resurgir el prestigio de la narrativa latinoamericana, como en los años 60?

Creo que ya lo hemos conseguido. A lo mejor tardíamente en América Latina, donde vivimos una espantosa incomunicación. Pero cuando vas a Europa y ves lo que los europeos leen, o a los Estados Unidos, y ves a quiénes están leyendo, traducidos del español, te das cuenta que los autores leídos son los de esta generación. Recientemente, en París, las librerías nos habían dedicado, a Taibo II y a mí, vitrinas con nuestras fotos y nuestros libros. Porque los estudiantes nos habían elegido los autores del año. Si comparas la cantidad de libros que vendían los escritores del *boom* con lo que estamos vendiendo los nuevos, hay una gran diferencia.

¿Tú ya puedes vivir de lo que escribes?

Sí, y muy bien.

George Steiner (1929- 2020)

En varios de sus ensayos, pero sobre todo en “Consejos a los estudiantes”, el escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada distingue entre maestros y Maestros¹. La lectura de los libros del escritor franco inglés George Steiner, deja la certeza de que estamos ante un Maestro porque sus libros son los de un sabio que frecuenta los grandes clásicos universales de Europa, Asia y Norteamérica. Sus clásicos latinoamericanos, hasta donde he leído, se reducen a Borges y Neruda, tal como acontece en *El canon occidental* (1994), en donde Harold Bloom sólo incluye, también, a Borges y Neruda.

Es muy distinta la actitud de ambos ensayistas porque, mientras Steiner se acerca a las grandes obras casi reverentemente, el norteamericano usa a los clásicos para sus fines. Abomina de los estudios culturales, del feminismo, del afronegrismo y del marxismo porque, le parece, utilizan la literatura para sus fines. Pero Steiner cae en el mismo exceso que desprecia; todas las obras que pondera son usadas para demostrar su idea del canon y, así, los libros se bastardean. Su obsesión por la idea de que el canon irrumpe sin pudor en los capítulos que uno lee en busca de luces sobre los grandes autores. Cuando leo el apartado sobre Montaigne, sale con el anacronismo de las influencias: Pascal escribió sus *Pensamientos* –dice– teniendo enfrente los *Ensayos* de Montaigne. Me parece que no leemos buscando autores canónicos, sino por mil razones

¹ Martínez Estrada, Ezequiel. “Consejos a los estudiantes”. En *Antología*. México: Fondo de Cultura Económica (Popular), 1964, pp. 85 -93.

que pueden ser preparar un curso, aprender sobre un tema o, simplemente, por placer. Leer para apropiarnos de los autores canónicos es desvirtuar el acto libérrimo de la lectura.

Lo notable de las convicciones de Steiner es que iluminan, y se pueden convertir en un modelo (segundo elemento de su Magisterio). Esto se aprecia en una de sus actividades capitales: el magisterio. Lo ejerció en universidades de distintos continentes bajo una premisa que le granjeó la animadversión de algunos de sus colegas. Steiner siempre exhibió la soberbia de los críticos literarios y académicos y no dejó de ponerlos en su sitio. Sostuvo que el trabajo de los críticos no vale lo que el de los creadores. Y pensaba en Dostoievski, Dante, Proust, Tolstoi, Balzac, Milton, William Blake...

Con su inmensa erudición, se proclamaba como un cartero, como el profesor ensayista que llevaba a sus lectores y alumnos el mensaje de los grandes maestros. En 2007, en la ciudad de México, cuando vino a recibir el Premio Alfonso Reyes, dijo: "Considero mis libros como una forma de enseñanza. Recordemos que si uno no puede ser un gran creador, puede seguir enseñando el trabajo de los grandes creadores y ser amado por eso. "Yo soy el cartero, quien lleva las cartas de los grandes poetas y novelistas a otras personas."²

Sumergirse en sus libros es entrar al mundo de los grandes autores; sus páginas están llenas de referencias a las obras y artistas fundamentales. Todo sin notas al pie de la página, como hoy obligan los guardianes del conocimiento; Steiner ha hecho suyos los saberes y no necesita exhibir lo que ha leído.

Uno de sus temas recurrentes es la importancia de la memoria y la memorización. De aquí su temor al Alzheimer, que procuraba paliar diariamente poniendo un párrafo en las lenguas que formaban su patria: inglés, francés y alemán (aunque también leía en griego, latín, italiano y portugués). De aquí derivó su interés por la eutanasia; tenía bien sabidas las limitaciones que traen los años y la carga en que uno se convierte, en la ancianidad, para los familiares.

Sabedor de las paradojas y contradicciones del mundo, y amante de la oralidad, tan abundante en su mundo cultural judío, recuerda que Sócrates y Jesús no pertenecen al mundo de la escritura, y menos al de la publicación. De aquí deriva uno de los "macabros" chistes universitarios que, a veces, cita con reserva, pero que lo asedia en diferentes páginas de libros como *Los logócratas* (2003) o *Lecciones de los maestros* (2004): "Un buen maestro, pero no publicó"³.

² Citado por Martínez Torrijos, Reyes. *La Jornada*. México, 4 de febrero de 2020.

³ Steiner, George. *Lecciones de los maestros*. Traducción de María Condor. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica (Tezontle), 2014.

En el primero de estos libros destaca que la lectura es un acto privilegiado que abandera la burguesía renacentista y cristaliza en las bibliotecas privadas, un espacio que no tienen todas las personas. Agréguese el silencio, un bien asociado a las bibliotecas, así como el personal de aseo para libros, entrepaños, *bibelots*... ¿Es necesario invocar el tiempo imprescindible para leer? Steiner ejemplifica con Montaigne, quien se recluía en su biblioteca celosamente guardada en la torre de su castillo. Aquí coloca la frase feliz de Charles Lamb, quien se refiere a estos lectores como “cormoranes de biblioteca”.

La originalidad de su pensamiento sabe dar muchas muestras, pero una de las más notables está en *Los libros que nunca he escrito* (2008). Allí afirma: “Un libro no escrito es algo más que un vacío. Acompaña a la obra que uno ha hecho como una sombra irónica y triste. Es una de las vidas que podríamos haber vivido, uno de los viajes que nunca emprendimos [...]. El que podría habernos permitido fracasar mejor.”⁴ Sin embargo, al publicar este volumen, resulta que no escribió esos libros, pero sí amplios ensayos que bordan sobre diversos temas, no sólo literarios, sino filosóficos, religiosos, educativos y científicos. Él tuvo la fortuna de escuchar, dos veces, en el cubículo de junto, llamadas que procedían de Estocolmo: “He tenido una suerte extraordinaria. Un profesor, un crítico, un comentarista o publicista puede abrir las puertas a los creadores. Puede devolver una vida merecida a algo que ha sido censurado o pasado por alto. Es una situación bienaventurada. No obstante, es estrictamente subordinada y auxiliar.”⁵

“Petición de principio” interroga su yo más profundo porque aborda un tema central: sus convicciones políticas. Él es apartidista y sabe que si no vota ni expresa ideas políticas, deja las decisiones en manos que no siempre son las mejores, que serán corruptas o mediocres, o se olvidarán de las propuestas que los llevaron a los cargos.

Rememora que, ni en los periodos más difíciles, con cancelación de libertades, las artes y las ciencias dejaron de florecer. Y esto es lo que más le interesa: la defensa del intelecto y su vida privada. Sabe que si está con su familia y con sus libros, la vida seguirá su marcha. La democracia y la igualdad que pregonan las leyes le parece algo muy cuestionable, una formalidad que choca en el mundo de todos los días:

⁴ Steiner, George. *Los libros que nunca he escrito*. Traducción de María Condor. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica (Tezontle), 2008, p. 11.

⁵ *Ibid.*, p.73.

Somos arrojados a este mundo profundamente desigual. Nacer en las famélicas zonas apartadas de Camerún es un destino, una condición enormemente diferente de la del que nace aunque sea en los sectores menos privilegiados de Manhattan. Los que nacen ciegos o sordos viven en ámbitos vitales radicalmente distintos de los que habita un individuo "normal". Padecer una minusvalía física es vivir, existencialmente y en innumerables aspectos, una vida que no es la que llevan quienes están bien constituidos (yo lo sé). Las enfermedades mentales, con frecuencia hereditarias, hacen que la brecha sea más drástica. Las dolencias genéticamente transmitidas son la condena de los inocentes; las capacidades, la riqueza o una posición especial heredadas son la bendición de quienes no se las merecen. La belleza, un recurso misterioso, está distribuida de manera aleatoria. ¿Qué igualdad rige entre los talentos del prodigio, ya sea atlético, cerebral o performativo, y el tartamudeo del estúpido? Excepto en un sentido formal, casi trivial, es un error absurdo considerar que mis recursos intelectuales, mi sensibilidad, mis hallazgos expresivos son igual a los de un Platón, un Gauss o un Schubert. A la inversa, es hipocresía equiparar esos medios y recursos míos, aun siendo indudablemente modestos, a los de los semianalfabetos, los intelectualmente depauperados y los emocionalmente embrutecidos. ¿Qué igualdad hay –de nuevo, excepto en la fe religiosa o en la ficción legal– entre un ser supereducado, privilegiado y a menudo ocioso como yo mismo, y el matón, el adicto, el fanático desocupado que vaga sin rumbo por un barrio bajo? ¿Cómo puede cualquier credo político fundado en axiomas de la igualdad humana ser otra cosa que un ensueño edénico o un autoengaño?⁶

Y concluye con el eterno dilema de los seres humanos: la existencia de Dios. Más que expresar un credo, Steiner se refiere a la importancia que Dios ha tenido en la vida del hombre.

En su pequeño y sesudo libro *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento* (2005), recuerda que, a pesar de todos sus logros artísticos y científicos, el pensamiento de los seres humanos tiene "hoyos negros" que no dejan echar las campanas al vuelo por lo que hemos creído sobre los demás miembros del reino animal: las limitaciones del pensamiento especializado, la poca probabilidad del pensamiento original, lo relativo de la verdad, la fugacidad del pensamiento, su escasa capacidad de concentración, la incapacidad de expresar lo irresoluble. Nuestro pensamiento, su misteriosa rapidez, exalta al hombre sobre los demás seres vivientes, pero lo deja convertido en un extraño para sí mismo y para la enormidad del mundo.

⁶ *Ibid.*, p. 215.

Antígonas. La travesía de un mito universal por la historia de Occidente (1984), muestra lo lejos que Steiner podía llegar cuando reflexionaba sobre literatura y pensamiento. Aquí aborda la permanencia y reiteración que han estado en las dicotomías hombre-mujer, vejez-juventud, individuo-sociedad, vivos-muertos, divinidad-humanidad...

Siempre me sedujeron las palabras de Steiner en las entrevistas. Hay en ellas la sabiduría del Maestro, pero son aladas, sin la concreción y densidad que logra en sus palabras escritas. La explicación de este hecho la encuentro en su reflexión sobre la enseñanza en *Lecciones de los maestros*: "Antes de la escritura, en la historia de la escritura y como desafío a ella, la palabra hablada era parte integrante del acto de la enseñanza. El maestro *habla* al discípulo. Desde Platón a Wittgenstein, el ideal de la verdad viva es un ideal de oralidad, de alocución y respuesta cara a cara."⁷

En una entrevista con Ronald A. Sharp, Steiner aborda el misterio indescifrable de la creación artística, de un modo muy similar a como lo hicieron Bruno Estañol y Eduardo Césarman en su libro *El telar encantado. El enigma de la relación mente-cerebro* (1994). Y sorprende con la valoración de Georges Simenon como "el escritor de ficción más extraordinario de nuestro tiempo".

Steiner, ensayista y profesor por antonomasia, no resistió la tentación de escribir narrativa. Supo contar muy bien cuando separó al cultísimo hombre que era del escritor entregado a elaborar una ficción con diseño de personajes y una forma eficaz. Esto lo vemos en "No regreses más", una terrible historia de amor, de *Anno Domini y otras parábolas* (1964), libro que reúne varios de esos relatos, siempre alimentados por los temas de sus ensayos, como la guerra, el nazismo, el comunismo y las reflexiones talmúdicas. Hizo relatos para encarnar ideas.

Al final de su libro *Los logócratas*, nos topamos con tremenda sorpresa: el narcorrelato "A las cinco de la tarde". Ubicado en Colombia, pero con muchas alusiones a México, habla de coches bomba, fuego cruzado con embarazadas y niños muertos, jóvenes que, ante la falta de oportunidades, se involucran en el sicariato... Hay un grupo de poetas mexicanos que se reúnen en el café El Águila y la Serpiente y hablan de Octavio Paz, Federico García Lorca, Gabriel Zaid y Homero Aridjis. Desde hace casi dos décadas, Steiner observó lo que hoy se ha dicho reiteradamente: que los estadounidenses necesitan drogar a su gente y los poderosos de allá se reúnen con los líderes de los cárteles de acá; que los políticos y empresarios blanquean el dinero del narcotráfico. Es un

⁷ Steiner, George. *Lecciones de los maestros...*, p. 18.

relato beligerante, un tanto plano, que enfrenta la poesía con la violencia; es el idealismo contra la realidad y, naturalmente, gana la segunda.

La crítica periodística de Steiner no está muy lejos de su densidad ensayística ni de su interés por los clásicos, así sean los contemporáneos. *George Steiner en The New Yorker* (2009) antologa textos más breves a los que conformaron *Los libros que nunca he escrito* y contiene dos elementos iluminadores. Primero, la valoración de Borges, propiciada por la formación intelectual del argentino y por sus ficciones ancladas más en la literatura europea que en la de América Latina. Steiner entrega una interpretación de “El aleph” como una esfera cabalística.

Otro elemento notable es cómo puede hacer una valoración justa del más notable escritor antijudío: Louis-Ferdinand Céline. Aunque lo llama “excéntrico chiflado, médico loco, cascarrabias lisiado de cuerpo y alma”, no deja de reconocer el valor universal de su obra, aunque atribuye su “estilo alucinatorio” a la caída de un caballo que le produjo “el trastorno que lo lanzó a la genialidad y al mal”⁸. De ese daño “había nacido la estrategia del dolor apocalíptico, del sufrimiento y la furia paranoicos”⁹.

Para concluir, quiero apuntar que la valoración de Steiner sobre Céline concuerda con la que hizo Mario Vargas Llosa sobre el autor de *Viaje al fin de la noche* y que, paradójicamente, Vargas Llosa es prueba viviente de sus palabras: “que estas y otras eminencias fueran racistas no legitima el racismo, desde luego, y es más bien una prueba contundente de que el talento literario puede coexistir con la ceguera, la imbecilidad y los extravíos políticos, cívicos y morales”¹⁰.

Fuentes

Bibliográficas

Estañol, Bruno y Eduardo Césarman. *El telar encantado. El enigma de la relación mente-cerebro*. México: Miguel Ángel Porrúa, Grupo Editorial, 1994.

Martínez Estrada, Ezequiel. “Consejos a los estudiantes”. En *Antología*. México: Fondo de Cultura Económica (Popular), 1964.

⁸ *George Steiner en The New Yorker*. Traducción de María Condor. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 246.

⁹ *Ibid.*, p. 247.

¹⁰ Vargas Llosa, Mario. “Los réprobos”. México: *El País*. 30 de enero de 2011.

Steiner, George. *Los logócratas*. Traducción de María Condor. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica (Tezontle), 2010.

———. *Lecciones de los maestros*. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica, 2014.

———. *Antígonas. La travesía de un mito universal por la historia de Occidente*. Traducción de Alberto L. Bixio. Barcelona: Gedisa, 2013.

———. *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*. Traducción de María Condor. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica, 2018.

———. *Los libros que nunca he escrito*. Traducción de María Condor. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica, 2008.

———. *Anno Domini y otras parábolas*. Traducción de Carlos Gardini y Héctor Silva. México: Fondo de Cultura Económica (Tezontle), 2014.

———. *George Steiner en The New Yorker*. Traducción de María Condor. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica, 2009.

Hemerográficas

Martínez Torrijos, Reyes. "Yo soy el cartero, dice George Steiner". México: *La Jornada*. 4 de febrero de 2020.

Vargas Llosa, Mario. "Los réprobos". México: *El País*. 30 de enero de 2011.